

No os pese que al acercaros al altar os muestre por un instante el abismo á que conduce el desprecio de las doctrinas católicas, que por dicha profesáis; su vista, lejos de amenguar, aumentará vuestra felicidad que ya no quiero retardar.



## SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE GUANAJUATO, AL TOMAR  
POSESIÓN DEL CURATO DE LA MISMA, EL DÍA DE PENTECOSTÉS,  
20 DE MAYO DE 1866.





*Pacem relinquo vobis: pacem meam do vobis.*

La paz os deajo: mi paz os doy.

JOAN. XIV, 27.

**L**A paz que debe reinar entre los cristianos es tan esencial, tan imprescindible, que en ella se basa en cierto modo la Religión. Apenas nace el Salvador, cuando los ángeles que entonan himnos de gloria al Dios humanado, proclaman al mismo tiempo la paz que ha venido á traer á los hombres de buena voluntad. Durante su vida mortal, no cesa Jesús de predicar la paz á sus discípulos; y en los solemnes momentos que preceden á su pasión, les lega la paz como el más precioso tesoro que puede dar su diestra omnipotente. Después de su resurrección no aparece jamás á su vista sin



dirigirles la consoladora salutación: *pax vobis*, la paz sea con vosotros. Desciende el Espíritu Paráclito sobre los Apóstoles, y escoge para ello el momento en que se hallan todos reunidos bajo el mismo techo en santa paz y fraternal concordia.

El Evangelio que acabáis de escuchar os representa á Jesucristo en el acto de legar la paz á sus discípulos. Les deja la paz declarándoles que en breve ya no lo verán á su lado, y que ya poco se mezclará con ellos en dulces coloquios. Les deja la paz en el momento en que va á alejarse de ellos el único vínculo de unión que liga á aquel puñado de hombres, rudos aún é ignorantes de los misterios de la Religión.

No les da, empero, el triste anuncio de su final partida, sin añadirles la consoladora predicción de que no va á dejarlos huérfanos y desvalidos sobre la tierra. Yo rogaré al Padre, les dice, y Él os dará otro Consolador para que more siempre con vosotros. Él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.

Esta predicción, no lo ignoráis, se cumplió el día solemne de Pentecostés. Descendió el Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre los Apóstoles; y los que antes eran hombres tímidos y de poca fé, se tornaron de súbito en valerosos atletas de Cristo, que hicieron resonar su voz en los más remotos confines del globo, y desafiaron el poder de los tiranos y perseguidores. Se esparcieron desde ese día por todo el universo, y no hubo ángulo del mundo donde no enarbolaran triunfante el estandarte de la Cruz. Hombres mortales, aunque dotados de sublimes prerrogativas, desaparecieron de la faz de

la tierra, inmolados á la saña de los enemigos del nombre cristiano; pero no por eso quedó la Iglesia sin jefes ni pastores. Allí en la Eterna Ciudad, cabeza en otro tiempo del mundo pagano, tiene todavía su solio el Sucesor de San Pedro, Padre de los Padres, Pontífice supremo y universal. Esparcidos por el orbe se hallan multitud de Obispos, sucesores también de los Apóstoles, y ligados con un vínculo estrecho á la Sede Romana, madre y maestra de todas las Iglesias. Dotados de la plenitud del sacerdocio, y aunque dependientes del Supremo Jerarca, partícipes, como dice San Cipriano, del episcopado único de que cada Prelado posee una porción de mancomún con sus colegas, tienen la misma potestad de atar y desatar que los primeros enviados de Jesucristo, les incumben los mismos deberes de apacentar la grey confiada á su cuidado. Incapaces de suministrar por sí mismos el alimento á cada una de sus ovejas, tienen encomendadas pequeñas porciones de su rebaño, á Pastores inferiores, sí, y que no gozan de la plenitud del sacerdocio, pero que también han recibido al Espíritu Santo por la imposición de las manos, y tienen del cielo la misión sublime de predicar el Evangelio á los fieles. También por sus labios habla el Divino Espíritu, también por ellos comunica sus dones; también ellos son ministros de paz y reconciliación.

Sea quien fuere el sacerdote, joven ó anciano, sabio ó ignorante; ya viva en épocas turbulentas, ya en tiempos tranquilos; ya pertenezca á siglos remotos, ya haya nacido en los días presentes, siempre tiene de Dios la misión sagrada de llevar la paz á las ovejas, siquier muchas, siquier pocas, que le han sido confiadas.



Al partiros, pues, por vez primera el pan de la palabra, he resuelto hablaros de esa paz divina, fruto del Espíritu Santo, cuya venida celebramos hoy día; de esa paz que el mundo no da, y que Jesucristo legó á sus Apóstoles, y por medio de sus ministros envía continuamente á los fieles.

En el primer punto de mi discurso, os hablaré de la paz que he hallado entre vosotros, y que os envió el Divino Espíritu por medio del dignísimo párroco que acabáis de perder.

En el segundo me limitaré á anunciaros la paz de que en nombre del cielo somos portadores, los que indignamente hemos sucedido á vuestro lamentado pastor.

¡Espíritu Consolador, Espíritu de paz que descendiste sobre los primeros enviados de Jesucristo! Dígnate hoy comunicar tus dones á este tu indigno ministro; pósate un instante sobre la piadosa multitud que me circunda, llena sus corazones, y enciende en ellos el fuego de tu amor, para que de hoy más la paz fije su asiento entre nosotros, la unión y la concordia nos ligen con vínculo indisoluble.

María, Esposa del Paráclito, intercede por nosotros.

AVE MARÍA.

## PUNTO PRIMERO.

---

La residencia perpetua del Espíritu de Dios en la Iglesia es una de las verdades más consoladoras de nuestra Fé. Aunque Jesucristo ya no more entre nosotros en carne mortal, aunque hayan desaparecido los doce robustos fundamentos sobre que edificó su Iglesia, no hay razón para turbarnos ni temer, porque su Paráclito ha bajado sobre nosotros para no abandonarnos jamás.

Sin embargo, vivimos en un olvido habitual de la promesa que nuestro Redentor nos hace en el Evangelio que acabáis de escuchar; rara vez nos acordamos de que se ha cumplido y se cumple continuamente, y nuestro corazón se conturba cual los discípulos de Jesús al primer anuncio de su separación. Nos inquietamos por nuestra suerte futura; temblamos en vista de las vicisitudes de que es víctima la Iglesia de Cristo; nos parece que sus ministros han degenerado; que ha perdido el vigor de los primitivos tiempos, que se resiente también ella de los achaques de la vejez.



No, Hermanos míos, *non turbetur cor vestrum neque formidet*, os diré yo con Jesucristo. No deis cabida en vuestros pechos á vanos temores é infundadas zozobras, que no hemos quedado huérfanos sobre la tierra y abandonados á nuestra pequeñez é insuficiencia. Todo pasa en este mundo: cambian los hombres, las épocas, las circunstancias; naciones, imperios, dinastías, perecen y se suceden unos á otros; se consumen, según la expresión del Salmista, cual vestidos envejecidos por el tiempo, pero el Espíritu divino que reside en la Iglesia, es el mismo ahora y siempre, y los años no hacen mella en su sér inmutable é indeficiente: *Tu autem idem es et anni tui non deficient.* (Ps. CI.)

La Iglesia por Él vivificada participa también de su inmutabilidad; y desde que fué fundada sobre el Calvario, hasta la consumación de los siglos, ha sido y será indefectible. No es un yerto cadáver que puedan hollar é insultar impunemente sus enemigos; no es tampoco un sér débil y sin vigor que pueda caer al menor soplo, y ceda al más ligero impulso: es una matrona fecunda y vigorosa, cuyas fuerzas jamás disminuyen, cuya lozanía nunca mengua, porque la anima, y la sostiene, y la impulsa el Espíritu del Todopoderoso. Diversos serán los instrumentos de que se sirve para llevar á cabo su misión sublime; pero es uno mismo el que los mueve, y por lo mismo es igual su acción salvadora en todas épocas y en todos los países.

¿Qué era el Príncipe de los Apóstoles antes que el Paráclito viniese á inflamarlo con su fuego divino? Pobre pescador, rudo y sin letras; hombre tibio y de poca fé, á pesar del valor que se esforzaba en mostrar, temblaba

al ver alzarse las olas en el lago de Tiberiades, no podía velar una sola hora con su Señor en el huerto de Getsemaní, cedía cobardemente á la voz de una criada en el atrio del Pretorio. Pero pasado el día solemne de Pentecostés, apenas reconocemos en el intrépido Apóstol de Cristo, al tímido secuaz del desconocido Nazareno. ¡Cuál vibra entre la inmensa turba congregada en Jerusalén, la misma voz que sólo había podido balbutir inconexas frases, y mal pronunciados juramentos, ante una locuaz mujercilla! ¡Cuál atraviesa los mares y recorre vastísimas comarcas, predicando valerosamente el Evangelio! No le intimidan las persecuciones, no le amedrentan las cárceles y los tormentos: todo lo puede en Aquel que lo conforta, y animado por Él fija valerosamente en Roma la Sede del episcopado universal, y permanece allí veinticinco años desafiando el poder de los Césares. Otro tanto hace Santiago en España; otro tanto Tomás en las remotas Indias; otro tanto el Apóstol de las Gentes en la docta Grecia y mil otras naciones; otro tanto los demás Apóstoles en las regiones que les han sido asignadas.

Pero llega la hora marcada por la Providencia, y Pedro es llevado, según la predicción de Jesús, adonde libremente no se hubiera dirigido; es atado á una cruz por ajenas manos, é inmolado á la tiranía de Nerón. La cabeza del gran San Pablo rueda al mismo tiempo bajo la espada del gentil; nuevas cruces se elevan para Andrés y Felipe; la maza del verdugo arranca la vida á Santiago el Justo; por último, San Juan entrega plácidamente el alma en manos del Señor que tanto lo había amado.



¿Qué va á ser ¡oh Jesús! de tu Iglesia que has adquirido con tu preciosísima sangre, que has fundado á costa de tantas fatigas, de tantos sufrimientos? ¿Quién empuñará las llaves celestes, que acaba de soltar la yerta mano del Príncipe de los Apóstoles, al espirar sobre la cruz? ¿Quién podrá blandir esa espada de dos filos de la palabra de Dios que con tanta destreza esgrimía el Apóstol de las Gentes? ¡Indias Orientales! ¡Remotas islas del Japón! Llorad inconsolables, que ya pereció vuestro padre, vuestro Apóstol Santo Tomás: ¿quién habrá que pueda sustituirlo?

¡No, Hermanos míos, no hay que temer! Grandes eran esas doce robustas columnas de la mística Jerusalén; pero grandes en aquel Señor sin cuyo auxilio es vano el trabajo del que edifica la casa, y superflua la vigilancia del que custodia la ciudad. Frutos eran del Divino Espíritu esa paz que llevaron al mundo, esa paciencia y esa mansedumbre que los distinguieron. Dones suyos fueron la sabiduría con que iluminaron el orbe, la fortaleza con que vencieron la refinada crueldad de los tiranos. El Espíritu Santo sopla donde más es de su beneplácito, *Spiritus ubi vult spirat* (JOAN. III, 8), y también derrama sus dones sobre los sucesores de los primeros enviados.

A Pedro sucedió Lino, y á Lino Cleto, y á Cleto Clemente, y todos supieron dar su sangre por Jesucristo, todos supieron gobernar la Iglesia confiada á su cuidado, como lo han hecho los doscientos sesenta y dos Pontífices que hasta nuestros días han ocupado el solio de San Pedro. En todos ha habitado el Divino Espíritu; á todos los ha inflamado con su lumbre celeste, y el cora-

zón del cristiano palpita de santo placer al escuchar á los Padres de los Concilios de Letrán, reunidos bajo la presidencia del Vicario de Cristo, exclamar con voz majestuosa: *visum est Spiritui Sancto et Nobis*; así decretamos, así ha placido *al Espíritu Santo y á Nosotros*.

Han desgarrado las herejías la túnica de la Esposa de Cristo; el Sucesor de San Pedro, quienquiera que haya sido, las ha confundido al momento. La barbarie amenazó varias veces destruir la civilización, extinguir la Fé. Aún tenemos entre nosotros á San León Magno y á San Pío V, oponiéndose victoriosamente al torrente invasor. ¡Qué figuras colosales nos ofrecen los inmortales Gregorio VII y Sixto V! ¡Cuán abundantemente nos prueban los heroicos hechos de los últimos Píos que el Espíritu Santo aún vivifica y rige la indefectible Iglesia!

¡Juan de Constantinopla, cuya áurea elocuencia te ha merecido el sobrenombre de Crisóstomo! ¡Agustín de Hipona, cuya facundia no cesa de asombrar al universo; Bernardo de Claravalle, cuya fascinadora palabra hacía estremecer al mismo Pontífice Supremo! Venid á dar testimonio de que no feneció con San Pablo la predicación apostólica, y que vosotros también supisteis llenar vuestra misión de evangelizar á toda creatura.

¿No veis, Hermanos míos, á ese varón piadoso que ora ferviente, postrado sobre el sepulcro de Santo Tomás? Es Francisco Javier, que después de quince siglos ha seguido sus huellas y ha recogido como aquel abundantísima cosecha. Mirad cuál bautiza con su propia mano á millares y millares; mirad cuál millones y millones se convierten con su predicación; ved cuál se postran á sus plantas naciones enteras, que abrazan de buena volun-